

Galletas de animalito

Mamá aún no había despertado, aunque era de esperarse pues recuerdo haber oído que la puerta se abrió por allí de las 5 de la mañana, mi hermano me estaba diciendo que tenía hambre, fui hacia la estufa, pero no había más que un envoltorio con tortillas, le avisé que iría a la tienda de Doña Mari por unos frijoles. Me subí al bloc que tenía como escalón pues la ventana estaba muy alta para que una cría como yo alcanzara el timbre. Una señora de 75 años abrió la puerta, la cara la tenía muy arrugada pues al parecer la vida había sido dura con ella, Doña Mari era como una abuela para mi hermano y para mí, pues cuando mi papá se enojaba con mi mamá y la dejaba sin gasto ella nos daba a escondidas una bolsa con galletas de animalito, no importaba que tan malo era el día siempre que compartía la bolsa de galletas con mi hermano, el hambre y la tristeza desaparecían, esa bolsa de galletas era nuestro ratito de felicidad aunque a mi mamá le enojaba que fuéramos con ella. Le pedí a Doña Mari que me fiara una bolsa de frijoles refritos, ella me los dio y me dijo que me esperaba para que la fuéramos a ayudar a arreglar la mercancía de la tienda pues se sentía solita y le gustaba platicar con nosotros, me regaló también dos cocadas, le di las gracias y fui corriendo a mi casa ya que, si mi mamá no me veía allí, se iba a enojar.

Prendí la estufa y comencé a calentar las tortillas, en lo que mi hermano corría alrededor de la mesa, a mi papá no le gustaba ver a mi hermano en la cocina pues según él, la cocina era cosa de mujeres, tal vez el olor a comida despertó a mi mamá que se acercó con su maquillaje corrido y la mirada perdida, ella nos dio un beso, al acercarse me llegó el olor a alcohol, odiaba ese olor, pues cuando nos pegaba o nos regañaba era porque lo había tomado, al comer nos limitamos a solo preguntarle si quería más tortillas o más agua, terminamos y mi mamá se metió a su cuarto y pasadas unas horas se volvió a ir de la casa, preparé unos taquitos y se los metí en una bolsa a mi hermano para que se los llevara a la escuela junto con la cocada que Doña Mari le envió.

Odiaba los días de frío, pues la chamarra de mi uniforme era muy delgada como para poderme mantenerme caliente, me preocupaba mi hermano, pues él también

se veía pálido de frío y la mano que le sostenía estaba helada, ya solo quería dejarlo en su escuela pues allí se mantendría un poco más caliente.

Cuando llegamos a la puerta de su escuela mis antiguas maestras me saludaron, le dí un abrazo a mi hermano deseándole buena suerte, él me sacó la lengua y se alejó riendo, lo vi entrar a su salón y me dispuse a correr pues llegaría tarde de nuevo, me dolían las piernas, el aire helado inundaba mis pulmones, y mi aliento se veía al exhalar.

Al salir de la escuela corrí hacia la de mi hermano, él estaba sentado en las escaleras y me dedicó una sonrisa triste, odiaba verlo así, le pregunté si le habían dicho algo, él negó con la cabeza, me dijo que en su escuela harían una excursión, pero se tenían que pagar 50 pesos, él quería asistir, pero sabía que mis papás no le darían dinero para algo así, yo solo le sonreí diciendo que ahorraríamos para que la siguiente vez, pudiera ir. De camino a casa mi hermano empezó a toser y eso me preocupó mucho, pues él era de enfermarse muy rápido así que le propuse ir con Doña Mari y pedirle que nos regalara un té con miel para evitarle la gripe, al llegar con ella nos sonrió y nos invitó a pasar, su casa era cálida, no había envases de alcohol ni olor a cigarro en su lugar olía a crema de manos y a comida, pasamos mucho rato allí e incluso hicimos la tarea, ella nos invitó de comer, voltee a ver a mi hermano quien hablaba de su escuela, el color de sus mejillas había regresado, así que le dije que ya nos teníamos que ir, él asintió, nos despedimos de Doña Mari con un fuerte abrazo prometiéndole que iríamos pronto a su casa, ella dijo que nos esperaría gustosa.

Al llegar a casa, dejé mis cosas en la cocina, escuché los pasos de mi papá, cosa que me heló la sangre al voltear solo sentí un fuerte golpe en la mejilla que me dejó aturdida, al verlo supe que estaba tomado, él me preguntó donde habíamos estado al decirle que estábamos con Doña Mari un segundo golpe me giro el rostro, ya no me sorprendía esta situación, pues cuando estaba borracho al igual que mamá solo buscaba excusas para pegarnos. Esta vez me sorprendió que no solo se desquito conmigo, pues la jarra de agua que teníamos en la mesa se la echó a mi hermano y comenzó a decirle un montón de groserías que luego se convirtieron en golpes, pasó poco tiempo para que mi papá al fin se quedara dormido, después del susto

fui a ver a mi hermano que estaba en su cama, pero al oírme entrar corrió a abrazarme y me pidió disculpas por no ayudarme. Él y yo teníamos un trato, que cuando mamá o papá estaban borrachos él se escondería hasta que yo le hablará, pues prefería que me pegaran a mí antes que a mi hermano, lo ayude a cambiarse la ropa mojada para que no se enfermara, pero ya era tarde pues le estaba subiendo la temperatura, pasaban las horas y cada vez iba empeorando así que le puse unos trapos húmedos en la frente, le susurre al oído que no tardaría, y fui hacia mi padre con la mayor cautela, le saqué unas monedas de la bolsa del pantalón, ya no me importaba si me golpeaba solo quería ir por medicina para mi hermano.

Corrí tan rápido como pude hacia la farmacia, pero afuera llovía a cántaros, las gotas de agua resbalaban por mi rostro y no me dejaban ver bien el camino, al llegar me atendió un joven que me miro de pies a cabeza, le extendí mi mano con el puño de monedas y le pedí un jarabe para la gripe, el solo me miró con tristeza tal vez por mi aspecto descuidado, o el hecho de que estaba empapada, el me dio el jarabe y me dijo que con el dinero que le había dado era suficiente, le devolví una mirada de agradecimiento, con los ojos llenos de lágrimas pegue el envase a mi pecho y solo corrí, no me importo la avenida tan transcurrida que siempre Doña Mari me decía que debía cruzar con mucho cuidado, quería llegar lo más rápido posible y rogaba a quien me estuviera escuchando que me ayudará, y creo que así fue pues una luz cálida me envolvió de un momento a otro estaba en mi casa, no sabía cómo había llegado pero eso ya no importaba, al abrir la puerta pude ver a mi hermanito sentado al filo de la cama con la sonrisa más linda del mundo, y me dijo - ¿Por qué tardaste tanto?, ya no hubieras salido, ya no siento dolor y la medicina ni me gusta. Él se levantó y se paró frente a mí mientras tomaba mi mano, la suya estaba tibia y sus mejillas rosadas, entonces abrió mi mano y puso en ella unas monedas mientras me decía que fuéramos con doña Mari a comprar unas galletas de animalito. Ambos nos levantamos y pude ver en los ojos de mi hermano que toda tristeza o rastro de miedo, ya había desaparecido, si esto era el cielo, quería que fuéramos parte de él.